

Aldo Torres

Encuentros literarios

EL ULTIMO TOLSTOYANO



OS arrastra por breves instantes el veraniego aluvión de los andenes, que de pronto se quedan poco menos que desiertos. Es domingo y estamos en Valdivia que ya conocemos. En el recinto de la estación una locomotora va y viene, hincando, en el doliente cuerpo del crepúsculo, el estoque repentino del silbato; restañando las heridas isócronas con la gruesa estopa de sus resoplidos. De vez en cuando, un estrépito sucesivo lo rebalsa todo. Y es como si un pesado ataúd se precipitara por una escalera aintrminable.

El escenario de bares o restaurantes y de hoteles que nos recibe no es del todo halagüeño. Un muchacho diminuto, carirredondo, de mofletes encendidos y ojos oscuros, se presenta en nuestro auxilio. Descalzo, vivaz y diligente, consigue suspender el natural desconcierto que nos embarga. Luego de escucharme, reconcentrado y tenso, acerca de una pieza en alguna casa de pensión buena y barata, parte a la carrera —¡gorrioncillo!— para estar de retorno en escasos segundos. A una cuadra y a la izquierda, en cierta calleja, está lo deseado, en pos de lo cual endilgamos nuestros pasos. Se trata de una construcción entre sórdida y pobre. Avanzo unos pasos por el pasadizo sombrío, destartalado. Llamo a la dueña de casa, que acude sin premura, y la chocante ambigüedad de su

fisonomía no sólo me repele, sino que ahoga de golpe todas mis esperanzas... Me muestra la habitación, en donde un catre de hierro, negro, esquelético y miserablemente equipado, interrumpe, con su extraña caligrafía, el vacío escalofriante del cuarto. Todo esto en complicidad con un mueble no menos escuálido, sobre cuya cubierta descansa, con rara sensación de peso, un lavatorio de gran diámetro y un robusto jarro. En los bordes, y en una y otra parte de estos nobles artefactos, se aprecian, con negra evidencia, las dentelladas rotundas del uso y del desgaste.

La acechanza fugaz, por entre unos cabellos enmarañados y la espesa humareda del fondo, de varios ojos soslayados a través de una ventana, que no cierra bien, y el hecho singular de carecer la puerta siquiera de una simple armella, concurren a sellar mi decisión irrevocable... Aquello no podía ser. ¡Adiós, economías!

Rápidamente desandamos el camino. Me quedo en el Hotel Estación, alto y vetusto caserón de madera.

Al otro día, mientras la neblina cubre al río, que divide y envuelve a la ciudad en sereno y voluptuoso movimiento curvilíneo, meditamos y preparamos nuestro encuentro con Fernando Santiván, objetivo principal de nuestro viaje. Apenas la atmósfera se ha despejado y el sol calienta un poco, salimos para indagar la dirección de la casa del escritor. En la plaza descubrimos a un condiscípulo de la universidad, el cual, tras los saludos y las averiguaciones de rigor, nos informa que Santiván posee una "Fábrica de Muebles" en Baquedano mil y tantos, lejos, muy lejos del centro urbano, y que vive allí mismo. Según mi amigo bastaría ubicar la "Fábrica" —eso es, con mayúscula— para dar con él. Después, en las oficinas del diario "El Correo de Valdivia", se nos advierte que es muy probable que Santiván esté fuera de la ciudad, trabajando en la campaña electoral.

La verdad es que no se hallaba en Valdivia. Tras mucho andar y preguntar por la famosa "Fábrica de Muebles", damos con su casa en la calle General Baquedano 1298.

Primero es un portón amplio y macizo. Sobre el dintel, en dos

líneas, un trozo de tabla dice, con sencillos caracteres, más o menos así: "Taller de muebles baratos de madera. Baratex".

La palabra "Taller", que no "Fábrica" con letrero enorme, me vuelca en la grata evocación del Bernabé Robles de "El Crisol", personaje de acción directa, enérgico, bullente de ideas y buenos propósitos, no empresario indiferente y egoísta.

Taller y no Fábrica... Pasamos bajo el arco discreto de la primera palabra y un callejón en cuesta, a cuya diestra crecen unas hortalizas, nos conduce, algunos veinte metros, a la morada del novelista, la que alza su clara estructura de madera al fondo y en lo alto de una eminencia terrestre ahogada, sometida por las construcciones.

No se oye un golpe de martillo ni el porfiado rezongo de las sierras, pero ensordecen los furiosos, tenaces ladridos de dos perros respetables, para fortuna del visitante, encadenados.

Doy unos golpes de nudillos en la puerta. Abre una criada y nos repite lo que ya sabíamos. Don Fernando está ausente de Valdivia. Es posible que regrese al otro día por la mañana, en que convengo volver y no lo hago sino en la mañana subsiguiente, en que soy atendido por la dueña de casa.

Efectivamente, Fernando Santiván recorría la región en trance de propaganda política para un candidato a senador de la República por el Partido Radical. Pero ya se encuentra en casa. Espero un rato y aparece. Luego nos quedamos solos.

Al explicarle la razón de mi presencia en Valdivia y en su casa, esto es, conocerlo y conversar con él, se pone cortésmente a mis órdenes, lamentando que los azares de la política le impidieran hacerlo antes.

Fernando Santiván es alto y fuerte, más bien grueso, con una cierta inclinación al caminar. La alta calvicie, la caída de los párpados superiores encima de unos ojos glaucos, la nariz corva y recia le confieren a su cara mandibular un notorio aire aquilino, convertido en evidencia por un mirar metálico, sostenido y penetrante. Su rostro es todo blanco, rosado. Canos por igual los pocos ca-

bellos restantes y los bigotes, delgada línea sobre el borde labial, estos últimos constituyen la nota de blandura en la pauta del semblante, todavía pétreo a pesar de la sesentena.

Nuestras primeras preguntas se refieren a la fecha y lugar de nacimiento, a sus progenitores, y él nos responde con su hablar pausado, campechano.

—Nací el primero de julio de mil ochocientos ochenta y seis, en el pueblo de Arauco. Mi padre se llamaba Fernando Santibáñez de la Hoz y mi madre Clarisa Puga Méndez, oriunda de Chillán. Mi padre era español. Vino a Chile atraído por un pariente que se dedicaba al comercio en Valparaíso. Fué, pues, comerciante. También se dedicó a la agricultura.

—Ahora —le decimos— nos gustaría que nos hablara de sus estudios.

—La enseñanza de las primeras letras se la debo a una amiga de mi madre, doña Carmen Poblete Bello, descendiente de don Andrés, que era directora de escuela en Cañete, gran educadora. Por ese tiempo vivíamos en Caramávida y mi madre me envió a Cañete como pensionista en casa de la directora. Todos los sábados viajaba a casa en mi caballo.

Como reflejo de las actividades de su padre, de sus andanzas en demanda del sustento de los suyos, los estudios del joven Fernando fueron muy accidentados. Nos agrega:

—Terminé mis estudios primarios en los Padres Franceses de Valparaíso. Las humanidades, del primero al cuarto año, las hice en el liceo de hombres del puerto, en el Instituto Inglés de Viña del Mar y en el Instituto Nacional. En Chillán cursé el quinto año y los exámenes del sexto los rendí de madurez en la capital. Hice una incursión por la Escuela de Artes y Oficios. Cuando cursaba el segundo año de matemáticas y castellano, en el Instituto Pedagógico, surgió la Colonia tolstoyana... Vino esa Colonia e interrumpió mis estudios... A propósito, estoy por terminar mi libro *Memorias de un tolstoyano* que, sin duda, irá pronto a las prensas.

—¿Cuáles fueron sus primeras lecturas y qué autores influyeron en su formación?

—Daudet, Flaubert, Maupassant, Zola. Maupassant, por su factura concisa, breve, por su psicología realista; Zola, por las proyecciones sociales de su obra. Y los rusos: Tolstoy, Dostoiewski, Chejov, Gorki...

—Y dígame: ¿Cree usted pertenecer a una generación, a un grupo?

—Sí, indudable... A un grupo que tuvo, por primera vez, una orientación definida.

—Usted se refiere al mal llamado grupo del novecientos. ¿No estima que debería llamarse del centenario, en atención a que obras y autores de la época en cuestión tienden a aglutinarse espiritualmente alrededor de 1910?

—Me parece bien esa designación. Constituimos un grupo que no se desintegró y sus componentes han mantenido una misma tendencia casi toda la vida. De entre ellos, el que más influyó fue d'Halmar, por su *Juana Lucero*, novela naturalista con muchos ribetes de romántica.

—¿A quiénes más incluiría usted en esa generación o grupo del Centenario?

—A Baldomero Lillo, que pongo a la cabeza; a Pedro Prado, Maluenda, Latorre, Barrios, Ernesto A. Guzmán, Guzmán Cru-chaga, Mondaca, Max Jara, González Bastías, Lagos Lisboa...

—Quisiera hacerle una pregunta que considero muy importante.

—Cómo no, señor.

—¿Ha influido la enseñanza de nuestros establecimientos educacionales en la formulación de su obra?

—Creo que sí, mire. Creo que ha influido mucho la etapa del Instituto Nacional. Allí estaría la base de mi educación moral. Esa base la daba la personalidad del profesorado.

—¿Podría indicarnos algunos nombres?

—No me sería posible callar el de Barros Arana, a cuyas cla-

ses de física asisti... Kornick, Diez, el "tubín" Torres, Olavarrieta, Poenish... Todos estos profesores, aparte de los conocimientos, impartían una enseñanza que podríamos llamar refleja, insinuada... En Chillán fui alumno de Enrique Molina en filosofía, de Narciso Tondreau en biología, de Alejandro Venegas... No sé si don Enrique se acordará de la vez en que me acerqué a él y le dije: "¿Para qué diablos sirve esta Lógica?" Venegas, espíritu crítico e irónico, no sabía hacerse querer de sus alumnos. Era feo y crítico muy ácido. Molina, en cambio, nos enseñaba a pensar con independencia en cuanto a religión, moral o lo que fuera. Trataba de infundirnos una actitud de análisis frente a la vida.

—¿Qué opinión le merecen las relaciones entre el medio ambiente y la obra literaria?

—Cualquier medio se presta para la observación. Recuerdo a Leonardo Penna que vivió desconectado de la realidad de nuestro tiempo, igual que los místicos. Era un d'anunziano... Hay en mí una idea tenaz relativa a las mezclas raciales. Por ejemplo, la sajona mezclada bruscamente con la raza latina produce seres anormales, desequilibrados, pero extraordinariamente interesantes, agudos, sufrientes, peligrosos por su inestabilidad psicológica.

—¿Ejemplos?

—Teresa Wilms Montt, Sara Hübner Bezanilla, Mariana Cox Méndez.

—¿Qué valor le asigna a la literatura chilena en el panorama hispanoamericano?

—Me parece una de las más fuertes y completas, aunque conozco muy poco las literaturas sudamericanas. Los escritores americanos, en general, nos desconocemos. Volviendo a nuestra literatura estimo que la importancia de ella radica en su conjunto.

—Una pregunta sobre un tema de mucha actualidad: ¿Debe el escritor intervenir en los movimientos ideológicos de su época? ¿Debe comprometerse, como ha dado en decirse?

—Le responde sin reflexionar. Sí. Es deber del escritor intervenir en los movimientos sociales que se desarrollan a su alrede-

dor. Sobre todo cuando no hay tribunas para expresarse con libertad.

—Y de la situación económica del escritor, entre nosotros, ¿qué puede decirnos?

—Nuestros escritores no logran vivir de sus libros. Acaso Barrios sea el de mejor suerte... No obstante se ve obligado a cultivar el periodismo y a desempeñar tareas subalternas, como la corrección de obras ajenas... En cuanto a mí, para poder vivir he tenido que ser editor y periodista, agricultor y maestro, industrial y comerciante...

—¿Qué valor le atribuye a su labor de cuentista y novelista?

—Le declaro sinceramente que nunca me he considerado un escritor definitivo, sino un estudiante de escritor, siempre en evolución... Jamás está uno conforme con lo realizado. Y no vea en mis palabras el afán de parecer modesto.

—En *El Crisol*, si no recuerdo mal, se hace una alusión a Max Stirner...

—Sí, señor. Estuve muy influenciado por *El Unico*, de Stirner. Lo mismo podría decir de Guyau, muy apreciado por mi generación.

—¿Cuál sería, entonces, su doctrina literaria?

—Vivir la vida intensamente, sin premeditaciones, confiando en que el cauce más hondo la dirige, la orienta y le da sentido. Luego expresarla de manera que sirva a las nuevas generaciones.

—¿Está de acuerdo con la crítica que le ha otorgado, en forma unánime, a *La Hechizada*, el título de obra maestra?

—*La Hechizada* es lo más espontáneo. Sin embargo, *El Crisol* era lo más trascendente para mí. Esta novela, que podría llamar de tesis, fué producto de mucha meditación. Pero *La Hechizada* ha gozado de mejor fortuna. A veces uno se extravía en el juicio de la propia obra. Otra cosa espontánea fué *Ansia*...

—Hablemos de aquella tesis de *El Crisol*.

—Con *El Crisol* intenté dar una sensación de la inconsecuencia de las masas para con sus caudillos y de cómo no sólo los abandonan en ciertos momentos, sino que los acaparan y terminan por

dirigirlos. En aquellos tiempos yo poseía ímpetu de cabecilla y me sentía capaz de encauzar movimientos sociales... Hay en mi obra cosas que no han sido señaladas por la crítica. Se me conoce poco. El tiraje de mis libros fué siempre reducido.

—Ahora, hablemos de *Ansia*.

—Escribí *Ansia* en veinte días, para un concurso. Narra, más o menos desfigurados, mis amores con la hermana de Elena, hermana, a su vez, de d'Halmar. Debíamos casarnos, pero ella estaba que se decidía y no se decidía. Me hizo sufrir mucho. Una vez casado con Elena la poseyó un verdadero furor por mí y no pudimos evitar el idilio.

—En sus *Confesiones de Enrique Samaniego* hemos leído juicios adversos para Elena.

—Elena era una mujer muy buena. Debo haber sido injusto con ella. Uno debe ser sincero y expresar la verdad, pintar a los seres con sus luces y sombras, si no, el retrato resulta incompleto.

—Siendo cuñado de d'Halmar, usted lo conocería íntimamente.

—Fuimos como hermanos, pero él era el mayor... Augusto era muy egoísta. Según es sabido, debió ser actor y lo que no pudo realizar en el teatro, por oposición de la familia, lo realizó en la vida. Tiranizaba a sus hermanas y éstas se dejaban tiranizar por él, especialmente mi mujer. Solía fingirse enfermo grave, o loco, y se precipitaba gritando a la calle. Mi mujer nunca dejaba de creerle y se condolía. En una de tales ocasiones me comunicó: "Tengo que ir a cuidar al pobre Augusto. Se halla tan enfermo". Para ello tenía que trasladarse a Valparaíso.

—Nada menos...

—Vivíamos en la capital... Enfurecido por la comedia y decidido a ponerle fin, la notifiqué: "Bueno. Te vas a cuidarlo, pero si te vas no vuelves más a casa, porque vas a encontrar cerrada la puerta". Vino el terremoto de 1906. Acompañado de algunos amigos llegué hasta Concón. El terremoto sirvió para unirnos de nuevo y para que mi mujer se diera cuenta de las imposturas del pobre Augusto...

—Entiendo que otro de sus íntimos ha sido Latorre.

—A Mariano Latorre traté de convertirlo al protestantismo. De muchachos, en Parral, íbamos a una capilla evangélica. El mal olor que había allí nos hizo huir y fracasé en mi apostolado.

—¿Es verídico aquello de que mientras se quemaba su casa de Villarrica él tomaba apuntes acerca del incendio en una libreta?

—Muy acicalado tomaba apuntes bajo un roble y junto a su valija... Con mi familia, pasamos la noche en un galpón que hacía de caballeriza. La casa, que era de madera, ardió totalmente. A la mañana siguiente, Latorre, que había dormido en el rancho de unos inquilinos, aparece diciéndome que se marcha, que es una desgracia que se haya quemado la casa y que viene a despedirse. "Bueno, pues, Mariano —le contesté—, que te vaya bien". Y partió.

Antes de retirarnos le contamos que nos habían hablado de una "Fábrica" con gran letrero y él nos cuenta del taller de muebles baratos de madera, que funcionaba en el interior de la casa y que ya no existe más.

—Tuve que cerrarlo —nos explica y concluye—: Los impuestos y los salarios se comían las ganancias. La maquinaria la tengo a la venta.

Es la medianoche del miércoles 25 de febrero de 1953. Nos despedimos después de haber convivido y conversado largo con este hombre altivo y afable, potente y delicado. ¡Cómo nos hubiese gustado transmitir en su integridad cuanto escuchamos de su boca! No ha podido ser y de veras lo sentimos.

Ya en la calle, la luna preside en todo su esplendor la noche argentada, fosforescente. Varias pinceladas blancas seccionan el azul extenso. Sobre el horizonte, al otro lado del río, se agazapan, aviesas, unas nubes. Los oscuros trazos de unos álamos se destacan en la orilla lejana e innumerables luces reiteran en el agua mansa el viborear de sus propios reflejos. A medida que acorto la distancia hacia mi hotel, más y más patente llega a mis oídos el jadeo declinatorio de una locomotora en la estación. El aire demasiado fresco me hace apurar los pasos.

Al otro día leo en originales, prestados por el autor, las casi completas *Memorias de un tolstoyano*.

"Eramos tres. Nada más que tres. La leyenda ha falseado más tarde el hecho, como ha falseado otros de mayor importancia".

Muertos d'Halmar y Julio Ortiz de Zárate, Fernando Santiván, Premio Nacional de Literatura de 1952, es, por tanto, el último de los tolstoyanos.